

## Carnaval en Brasil

# ¡Peligro: ALEGRÍA

# contagiosa!

Por Margaritales Restrepo Santa María

Hoy el cumpleaños. Mañana el grado. Pasado mañana el año nuevo. Y después, el regreso de un viaje. Celebración por aquí. Celebración por allá. Alegrías programadas. Cosas de siempre para los seres humanos. Y entre ellas las grandes fiestas, hipérbolas de la alegría, que responden a una infraestructura y preparativos comunitarios.

Siempre hay una excusa para celebrar en barra. Cuentan que Egipto hacía fiestas dedicadas al Buey Apis. Y los romanos se lucían con su homenaje a Saturno, dios del tiempo. Y que una tribu de Malasia se la pasaba engordando, durante doce meses, cerdos que habría de comerse en poderosa bacanal de tres días que conmemoraba un acuerdo con una divinidad local, una vez por año. Y, entre cuento y cuento, escuchando los antecedentes del carnaval brasileño, la costumbre egipcia es señalada como una de las primeras culpables.

**FUTBOL Y CARNAVAL**  
¡Peligro, alegría contagiosa!  
¡Carnaval, en Brasil! Siempre desde el fin de semana anterior al miércoles de Ceniza (y hasta la víspera). O sea que, este viernes 24 de febrero, pedirá pista.

De eso que llaman fiebre de fútbol, los colombianos requetescaben. Y también los brasileros. Pero ellos, además, sienten una pasión especial: el carnaval. Se vive de marzo a sus. En Salvador de Bahía, Recife, Belo Horizonte, Portoflegre, Sao Paulo, Fortaleza, Manaus, Curitiba... Y por donde usted camine.

Y todo el año—especialmente entre octubre y febrero—hay preparativos, para esa fiesta que combina la alegría de vivir y la locura colectiva. Para darle la bienvenida, entre otras cosas, y especialmente en Río de Janeiro, a las escuelas de samba que resucitan—como las agrupaciones futbolísticas—odios y amores, y en las que también se compite, señoras y señores.

**LLEGAN Y SE VAN**  
¡Alegría contagiosa!  
Unos prefieren la del norte, en Fortaleza o Recife, con otros bailes (frevó, por ejemplo), más espontáneo y contagiante; con los llamados trenes eléctricos o carros transformados en escenario-recipiente de orquestas que, en par minutos atraen a su alrededor una multitud de bailarines.

Otros se deciden por la versión playera. Por descomplicada. Con un combinado de baile en estadios cercanos al mar y chapuzones marinos, a las cinco de la mañana, antes de irse para la cama.

Y los hay también. Los amantes del más lujoso, bulloso y promovido de los carnavales brasileros: el de Río de Janeiro, con sus tres certámenes: rumba en la calle, fiesta en los clubes (casas nocturnas de show) y las tres noches de desfile de las escuelas de samba. Ese que, para algunos es asunto de tuatas y ha desbujado la filosofía del carnaval del pueblo, al volverse comercial y costoso. Ese que, para otros, no es más que un combinado de locura, bacanal y vicio (en el que también los efectos de la inseguridad tienen su nicho)—muchos cariocas emigran mientras los extranjeros llegan, dicen—.

¡Peligro, alegría contagiosa!  
Brasil en carnaval. ¿Ya viste?

¡Venga, baile conmigo!

Trajes llenos de detalles, para un carnaval—el de Río de Janeiro—en donde realidad y fantasía marchan de la mano. Algunos pueden pesar 35 kilos, sin contar sombrero y otros detalles. De la revista Le Figaro.



**Prueba de resistencia**

Jornadas eternas. En el sambódromo. Una avenida de 650 metros, rodeada de graderías y palcos, en la Pasarela de la Samba o sambódromo de Río, con capacidad para 60 mil personas dispuestas al goce y al delirio.

Horas y horas. Sábado, domingo y lunes. Jornadas que comienzan a las 8 de la noche y pueden prolongarse, en ocasiones, hasta las 10 de la mañana. En ese continuo y competitivo discurrir del ritmo (samba y marcha), color y fantasía—que con los años ha asumido más coreografía y recursos teatrales—.

Horas y horas. Para ver y escuchar a las escuelas con sus samba-encredo o especie de himno que se renueva cada año—y que, por norma establecida por Getulio Vargas, tiene que inspirarse en historias y hechos nacionales; pero ac-



**En el sambódromo  
A  
barrer  
con  
ritmo**

tualidad ya se veía en las letras de comienzos del siglo, cuando hablaban de campañas contra la fiebre amarilla y la peste bubónica, de programas de saneamiento ambiental o del incendio de algún acorazado.

**QUE PASE EL REY**  
En el sambódromo. Horas y horas. Ni ojos ni oídos ni cuerpo son suficientes. Completos, por sí la lluvia. Almohada, por sí el sueño (en los 15 minutos de descanso que separan las presentaciones de una escuela y otra). Y trago y comida. Porque, a palo seco, ¿quién aguanta?  
Desfilan pobres y ricos. Personajes del cine, la radio, la televisión, el deporte. Desfilan con plumas de avestruz, lentujosas, otropel de Jordania, bocados de Nueva York, pedrera de Checoslovaquia. Con trajes que pueden pesar 35 kilos, y exigir a la que habrá de

lucirlo, para ponerle, la presencia de cuatro ayudantes.

Desfilan reyes, duques, fantasmas, calaveras, diablos, romanos, griegos, murciélagos, chinos, ladrones, prostitutas, presidiarios, arlequines, payasos, vaqueros, calaveras, piratas, diablos, marineros, murciélagos. En el carnaval, el mundo... ni es ancho ni es ajeno.

**SIENTESE, SI PUEDE**  
¡Que pasen las escuelas de samba (seleccionadas entre cerca de 400)! Por aquí Mangueira. Por allí Salgueiro, Padre Miguel, Beija Flor o Portela. Sus colores distintivos: blanco y rojo, verde y rosado, azul y blanco—Su identificación musical. Sus carros alegóricos. Sus agrupaciones o «alas».

Que pase... Cada escuela con su batería (especie de banda u orquesta) con 200 y hasta 800 personas, con tambori-

nes, cuicas, reco-reco, tarós, frigidetas, pandeiras. Con sus portabandeira, su mestre sala, sus grupos de pastixas, niños, compositores, y bahianas de vestidos repletos de largos, blancos. Cada escuela con tres mil, cuatro mil, hasta seis mil integrantes. Y una hora y veinte minutos, para mostrarse. Ante un jurado. Perdiendo o ganando puntos. Ante un público. Y perdiendo o ganando aplausos. Las mejores en las dos jornadas finales, y a más altas horas de la madrugada. Allí donde, lo más difícil—por ese ritmo contagioso—es quedarse sentado.

Y, para el remate, que pasen las de la escuela, los que después de la última presentación salen a limpiar y a barrer, con un ritmo y un estilo tal que, antes que empleados del piso de la ciudad se convierten en una más de las escuelas de samba.